VIOLENCIA Y SOLIDARIDAD REVOLUCIONARIAS

El proceso de los comunistas de Barcelona

Ediciones Mayo 37

JEAN BARROT

Prólogo

Este texto apareció en Barcelona bajo las ediciones Mayo 37 a sólo unos meses desde la ejecución de Salvador Puig Antich y el encarcelamiento de los demás miembros del "equipo exterior" (armado) del MIL (Movimiento Ibérico de Liberación). A ambos lados de la frontera, pero sobre todo en Francia, se hacían acciones en venganza por el asesinato de Puig Antich y en apoyo a los presos subversivos.

Este texto no fue el primer análisis crítico de esa parte del movimiento proletario. Ya unos meses antes Barrot había hecho pública una "Carta sobre el uso de la violencia", donde cuestionaba la evolución que estaba teniendo entonces el MIL. El prólogo a "Violencia y solidaridad revolucionarias", hecho en 1974 por los editores de Mayo 37, señala que Barrot se proponía ahora explicitar el análisis que ya se había hecho implícitamente en "La violencia y movimiento social en España", publicado en octubre de 1973. Es decir, que en la primera mitad de los setenta los revolucionarios de la península ibérica no sólo hacían ataques explosivos y atracaban bancos, sino que también entre los diversos núcleos mantenían discusiones – que por lo demás eran de conocimiento público - acerca del sentido de esas acciones.

Muchos años después, ex miembros de los GARI (Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista) acusarían a Barrot, a propósito de estos escritos, de haber "renegado" de la violencia armada después de haber instigado a los miembros del MIL para que se sirvieran de ella en España. Esas acusaciones, bien ignorantes en realidad, desconocen el hecho de que los militantes de *Le Mouvement Communiste*, especialmente Barrot, venían discutiendo con los miembros del MIL ya desde 1971 por lo menos, y que incluso antes de ser ejecutado Puig Antich habían hecho una crítica muy dura del curso que estaban tomando los acontecimientos. Existe de hecho un conjunto de materiales tremendamente interesantes (cartas, documentos y borradores disponibles en el sitio web de Ediciones Mayo 37) que testimonian la riqueza y dificultad de esas discusiones entre ambos grupos. Allí no hay nada parecido a las "instigaciones" y "arrepentimientos" que algunos han imaginado, sino un intercambio apasionado entre revolucionarios sinceros que

respondían, cada cual del mejor modo que sabían hacerlo, a las condiciones concretas que se les habían impuesto.

Para nosotros, hoy, ese intercambio tiene una enorme importancia porque muestra como mínimo la disposición que pueden tener los revolucionarios a no dar por sentadas sus propias determinaciones y su manera de actuar. Cuando los enemigos del capitalismo pierden esa disposición, y creen haber hallado la solución definitiva a los problemas que les impone su época, entonces lo han perdido todo.

Klinamen/Comunización

Edición en folleto
a cargo de [Materiales]
Julio 2020

https://materialesxlaemancipacion.espivblogs.net

Violencia y solidaridad revolucionarias: el proceso de los comunistas de Barcelona

Jean Barrot

Ediciones Mayo 37

1974

"En los momentos de crisis, la falta de cabeza se convierte en un crimen contra el partido, y este crimen reclama un castigo público".
– Marx

"Apenas empiezo a haceros comprender que no quiero jugar a este juego"
– Debord

I

El signo profundo de debilidad del movimiento revolucionario, en este caso, no es su incapacidad de llevar una acción eficaz para ayudar a los encarcelados. El movimiento subversivo nunca es una fuerza considerable, fuera de los períodos en los que la sociedad es sacudida. No puede disponer de un poder real de presión en un período de paz social, pues nunca se convierte en una potencia en el seno de esta sociedad. El signo profundo de la impotencia del movimiento ha sido su incapacidad de superar, incluso en teoría, el dilema principios/realismo, que una vez más, ha hecho oír su falso diálogo, incluidos los más lucidos y los que no se satisfacen con palabras. Cada uno está seguro de ganarlo en el terreno que ha escogido: o rechazan la acción en nombre de la pureza de los principios; o justifican el compromiso en nombre de la eficacia. Ahora bien, cada una de estas dos posiciones es falsa en sí misma puesto que es parcial. Es demasiado fácil lanzarse a una denuncia o una justificación. Este tipo de cosas es por naturaleza delicado, como toda tentativa de cambiar efectivamente alguna cosa. Estos acontecimientos, más que otros, contribuyen a hacer perder el sentido de "la dialéctica de la totalidad" (Debord).

II

Al contrario de los participantes y observadores que consideran el caso a partir de teorías, supuestas exactas y reconocidas, es necesario precisamente coger el problema río arriba., volver más acá de las falsas evidencias. Sería idealista

pretender que el movimiento no ha actuado como habría podido, simplemente por una laguna teórica. Pero la insuficiencia teórica lo ha afectado profundamente. Actualmente, debe señalarse y más tarde superarse. La misma causa, la incomprensión de la naturaleza profunda del movimiento comunista que no sólo ha contribuido en las reacciones (distintas) de los adversarios de la ayuda dada a los españoles, a las debilidades de los que los han ayudado efectivamente, sino también a los mismos españoles.

III

Los proletarios son los que Bordiga llama "cortados de", "privados de" (no solamente de los medios de producción sino, de los medios de la vida en general, afectiva, intelectual, etc.: el Capital tiende a lisiarnos), obligados a apropiarse estas condiciones, y así cambiarlas, creando nuevas. Este primer punto, esencial, no vale nada sin el segundo. Una de las grandes fuerzas del marxismo oficial es la de aplicar el método "materialista" a todos los dominios, salvo al que importa más al comunismo teórico: la revolución. La vida de una sociedad es determinada, en el último análisis, por la producción-reproducción de sus condiciones materiales de existencia, la revolución de esta sociedad está igualmente determinada, en último análisis, por la revolución de la producción de estas condiciones materiales. Para producir un mundo nuevo, para cambiarse a sí mismo cambiando a la sociedad, el proletariado está forzado a dominar las condiciones de producción, no para arreglar, controlar , sino para cambiarlas de arriba a abajo, empezando por la destrucción de la producción como actividad separada. Este segundo punto, a su vez, pierde todo su sentido sino está unido al primero. La revolución comunista es, pues, la apropiación de las condiciones de vida, y supone que al menos una parte de trabajadores productivos ponen en práctica su producción social, transformándola ("producción" incluidos los transportes, la información, la energía, etc., y no limitándose a la fabricación de objetos para los trabajadores en mono de trabajo). La revolución no es un problema " obrero", hace estallar la condición "obrera". No es el acontecimiento de una sociedad de "productores", sino la destrucción de la producción en tanto

que tal. Pues, a este fin, al cambio total de todo el aparato productivo, supone su dominación. En este sentido el proletariado productivo juega un papel decisivo.

1. La revolución no triunfará si no participa en ella una proporción de trabajadores suficiente para asegurar el control de la producción (en el sentido definido más arriba); podría ser una mayoría o una minoría de estos trabajadores.

2. Por lo tanto, los movimientos proletarios en los diversos sectores de la producción, lejos de ser un arcaísmo o una vanguardia del capital, tienen actual mente una importancia determinante en la lucha entre clases; la manera en que hacen las rupturas y arreglan los conflictos (tanto con el Estado y la burguesía como con los sindicatos, partidos...) es muy importante para la salida de la revolución futura.

3. Las tentativas de reagrupamiento obrero antipatrón y anti-sindical (sindicatos tradicionales u órganos paralelos tales como los comités que se dicen autónomos) son uno de los medios por el cual el proletariado prepara la revolución, pero éstas se transforman en órganos para-sindicales desde que sobreviven a su función inicial (Le Mouvement Communiste n°l)

4. Toda teoría y toda práctica que no cuenta con estos datos, que son un componente indispensable a la revolución, se condenan a autonomizarse del movimiento subversivo y a abandonarlo en parte o totalmente.

Apropiándose las relaciones, el movimiento hacia la comunidad rompe la atomización, por una práctica. Es tan verdad de la revolución misma como de los actos que la preceden y la preparan. El movimiento revolucionario es una comunidad que tiende a constituirse modificando las relaciones (materiales y otras), y así pues, también sus propias relaciones. Sólo una ruptura de la sociedad puede realizar esta transformación. Pero existe, desde ahora, una tendencia a las relaciones

comunistas (no solamente por la gestión de las luchas sino también a un nivel mucho más vasto). Sobre esta base podemos poner la cuestión de la violencia: de su surgimiento en la sociedad, de su empleo por los revolucionarios, y de su reacción frente al uso defensivo de la violencia por el capital contra ellos (lo que llamamos represión).

IV

Nunca hay, por un lado una clase obrera que lucha, por otro, bien separados, elementos extraños tentados por la aventura violenta. Igual que no se puede distinguir (en Barcelona o en otra parte) los obreros que se organizan, grupos dudosos, y una organización verdaderamente revolucionaria que intervienen. Hay algunos proletarios que son llevados a emplear la violencia (más rápidamente en Barcelona que en París, actualmente) y algunos de entre ellos están ligados al movimiento obrero. La relación entonces puede ser compleja, no por ello menos real, en el caso de los españoles que nos interesa aquí. Igualmente, es demasiado fácil distinguir entre la "simple rebelión" y la "actitud revolucionaria" como si fuesen la primera, el hecho exclusivo de la pequeña burguesía, y la segunda, del proletariado. El obrerismo se sitúa entonces en eso: creer que los obreros, porque son obreros, no caerán en los procedimientos de otras capas sociales. Frente a estas acciones armadas, por ejemplo, con el propósito de procurar fondos, no podemos definir una serie de condiciones mínimas sin las cuales no serían revolucionarias, y aún menos exigir que sean efectuadas por grupos revolucionarios que tienen una perspectiva y una organización impecable, de manera que el "grupo revolucionario" guarda el control (R.I. n°6). El hecho es que hay grupos de proletarios que han recurrido a tales medios, de vez en cuando, y a veces con éxito: una vez efectuado el golpe, se funden otra vez en la clase. Razonar en términos: los revolucionarios/el proletariado, dando nada más a los primeros el derecho a utilizar estos procedimientos y hacerse defender por el movimiento revolucionario si los cogen, es únicamente concebir a los revolucionarios, como exteriores al proletariado. En nombre de "la clase", acabamos por desinteresarnos de los miembros de esta famosa clase que han recurrido a la violencia, a veces de

manera confusa. Es verdad que es necesario exponer, ver, denunciar, esta confusión (par.VI, VII, VIII): pero no hay ninguna necesidad de no ayudar a los revolucionarios para criticarlos. La visión del uso bien planificado de la violencia por un grupo revolucionario que lo controla todo -incluso a él mismo- es, o bien la de un partido que espera enmarcar tan perfectamente a la clase que toda manifestación de violencia espontánea sea impensable (PC),o bien la de un pequeño grupo preocupado solamente en dar la lección a los otros. En ambos casos, es una fantasmagoría que cree reducir un movimiento social a su organización por un grupo. Ya sea realmente (PC). Ya sea polémicamente: pequeño grupo para el que no hay nada revolucionario fuera de él. Alaba tanto a "la clase" como ataca todo lo que nace en ella y se opone tanto como puede a sus ideas" y prácticas. Entre el proletariado y él, no ve más que una "marisma", útil sin embargo para mantener su polémica y también para mantenerse él. Pasa mucho más tiempo criticando esta marisma que profundizando los problemas esenciales, porque, en principio, su perspectiva organizacional la empuja a reclutarse en ella. Se concibe y no vive más que como purificador de elementos dudosos que estorban al proletariado. En Barcelona, al contrario, hemos visto grupos que se han apropiado de los medios necesarios para su acción subversiva. Es cierto que la apropiación, que juega también a nivel de unión entre los individuos que la realizan, puede convertirse en un fin en sí mismo, permitiendo a estos individuos vivir en su mundo, en una comunidad estrecha pero protectora. Pero el riesgo de degeneración existe en todas las formas de actividad revolucionaria, y si es verdad que aquí es más peligroso para los que la ejercen, es falso que sea menos peligroso que otros para el movimiento. Escribir textos, con el fin de clarificar, puede convertirse en el medio de sobrevivir de un grupo replegado sobre sí mismo, oponiéndose a todo, comparando las otras prácticas radicales a la medida de sus propias posiciones, y encontrándolas, por lo tanto, nocivas. Este modo de ser destruye tanto a los revolucionarios como a la represión policiaca, y más porque participa en la ideologización del movimiento. Es ilusorio pretender dar siempre la lección a los revolucionarios violentos, como si tuviéramos en frente el peligro más amenazador. Los moralistas tendrían que pre-

guntarse si no son víctimas de peligros menos visibles pero más sutiles, que atacan desde el interior lo que puedan tener de subversivo.

V

Unos han negado el carácter revolucionario de la acción de los españoles porque no fue llevada dentro de las condiciones que los "revolucionarios" deberían organizarla. Otros lo han negado también reduciéndola a un fenómeno de "delincuencia" (el anti-fascismo en un vaso de agua de Vichy, Ajax, Beriou, Briset, Cicero, Wil). Estos han expuesto (mal) un problema real; ciertas estadísticas indican, por ejemplo, que una proporción de emigrados yugoslavos en Francia toman el camino de la delincuencia, recurso inmediato para la ilegalidad y la violencia, al cual se ven obligados un número creciente de proletarios. Efectivamente, no se puede delimitar claramente entre el hecho de robar "para sobrevivir" y el hecho de robar participando, de lejos o de cerca, en actividades subversivas, ofreciendo eventualmente, una parte del dinero robado (por supuesto con los riesgos de degeneración que esto supone). Este aspecto existe también en Barcelona: pero no es el único, y está lejos de dominar a los otros. Afirmar que individuos o grupos delincuentes, paralelamente a su delincuencia, han estado en contacto con el comunismo, es invertir (a pesar de las informaciones difundidas) el movimiento real de los orígenes del ex-MIL y de su disolución: y en particular, la relación con los proletarios de empresas.

Gran parte del dinero servía de medio de lucha (entre otros) a la minoría obrera radical. Sin duda “esta lucha servía a los expropiadores, en cierto modo'", para justificarse. Pero, como el caso precedente, eso no caracteriza esa actividad: En toda manifestación subversiva está presente una relación ambigua. La pureza sólo existe en las hadas. El problema nace cuando la ambivalencia se desequilibra y el medio se convierte en fin (par. 6). Es tan falso ver solamente la violencia revolucionaria, por todos los sitios y en ninguno, como no ver en ella más que el fruto de la acción de los revolucionarios puros y duros.

La delincuencia sólo es una forma dulce de la "bárbara guerra civil" (Negation n°2; Cicero 61, rué Daguerre, 75014,

Paris[1]), donde se enfrentan individuos y grupos para defender intereses inmediatos (mistificados) sin atacar la base de la sociedad. No se puede hacer el elogio de lo que siempre es una actividad individual -incluso si son grupos-ni ver en ella un signo positivo: es la prueba de la descomposición del viejo mundo, no de la urgencia de uno nuevo. La violencia revolucionaria es algo diferente y debe primero, para ser eficaz, socavar la base de la sociedad (par. 3). Claro está, el delincuente no es el gángster. Pero no hay razón lógica, en el mecanismo delincuente, que impida convertirse en gángster. Sólo la estrechez de ese mercado de trabajo lo prohíbe; no se llega a patrón en un día y hay que empezar trabajando como asalariado de un patrón gángster; pero las ofertas de empleo son limitadas. Es imposible no distinguir entre reacción, individual (que no corta con la atomización social) y reacción colectiva (par. 12).

VI

Aunque todavía sea difícil de hacerse una idea de lo que era el ex-MIL y de lo que ha pasado a ser, no es posible tampoco refugiarse tras la insuficiencia de informaciones sobre el pasado y el presente. Circulan demasiadas medias verdades. Sobre la base de lo que se sabe, es posible criticar explícitamente (y no implícitamente como lo hacía el número 6 de Le Mouvement Communiste) algunas críticas y tendencias. Sin negar sin embargo, lo que representa el MIL y el ex-MIL: profundamente ligado desde hace tiempo (antes de 1968) al movimiento obrero, muchos de sus miembros han evolucionado, en particular, bajo la influencia de huelgas, participando así en contactos entre empresas de Francia , Italia y España (huelga de Harry Walker) pertenecen a lo mejor que el movimiento revolucionario ha producido desde hace algunos años, aliándose a la vez con las luchas obreras y con el movimiento teórico internacional. Si hay que escoger, y teniendo en cuenta el aislamiento, su confusión no es peor que la de otros. Su peligro es solamente más visible.

Una doble separación parece haberse desarrollado en el MIL: por una parte, entre tendencias "anarquistas" (contra la

[1] Negation es el nombre con el que se conoce un grupo de "tendencia comunista" que editaba una revista del mismo nombre en Francia, durante los años 70s.

autoridad, autonomía de lucha en la base) y "marxistas" (cercana a la izquierda comunista y a la Internacional Situacionista); por otra parte, entre los elementos ligados a los obreros y que impulsaban la “biblioteca", y los que se especializaron en las acciones armadas. Las dos fracciones se mezclan, siendo también los "marxistas" los que se ocupaban más de la biblioteca. Pero la existencia de las dos fracciones no impedía ni la colaboración, ni la indecisión teórica en el seno de cada "tendencia". Por otra parte, el MIL no estaba aislado de otros grupos (formales o no) entre los cuales, algunos practicaban también acciones armadas; algunos como medio de propaganda. Más que grupos distintos, sería más justo concebir una neblina compuesta de individuos y grupos, a menudo, mezclados. Una de las características dominantes es la afirmación de la "autonomía" de los grupos, que acaba poniendo tantas dificultades como una organización centralizada, porque la autonomía, cuando los grupos no están muy bien definidos, permite no saber exactamente quién es quién, quién hace qué y engendra la irresponsabilidad. Sin ser el centro del movimiento revolucionario en Barcelona, el MIL ha tenido un papel real, ayudando, por ejemplo, materialmente a grupos de base (autónomos) a publicar textos. Más que una organización unificada, era una sigla que cubría diversas actividades. Por ejemplo, el término "MIL" que se ha interpretado, casi siempre, como Movimiento Ibérico de Liberación, era concebido por algunos de sus miembros como una irrisión: decían llamarse MIL (1000) como hubieran podido llamarse "CIEN" para tener un nombre, sin darle un valor particular; según ellos, es desde que la prensa atribuyó una significación especial a cada letra M.I.L. Hacia 1970-72 hubo un aumento de las luchas obreras y un impulso de los comités de base efímeros (un poco como en Francia en 1.968), destruidos desde el interior o desde el exterior. Después de insistir sobre las luchas de base, la democracia obrera, etc., siguió, para algunos obreros y no-obreros, una profundización teórica, con la ayuda de textos de la izquierda comunista. Al mismo tiempo, algunos miembros del MIL, reflexionaron de nuevo sobre las acciones armadas. En agosto de 1973, el MIL decidió disolverse, como organización político-militar central. Sin duda, era más una medida organizacional que un cambio de práctica (párrafo siguiente). En septiem-

bre, una minoría "marxista" que no comprendía más (decían) que seis u ocho miembros, ya no colaboraba con los otros, no consideraba las acciones armadas más que como a limitar y no un medio normal de financiarlos. En este momento los "folletos" empezaron a difundirse más regularmente, y algunos obreros se oponían a las expropiaciones, convertidas, en gran parte, (¿totalmente?) en inútiles.

Pues, incluso a este nivel, el ex-MIL se definía todavía como grupo de "revolucionarios" que “apoyan" a los obreros radicales. Esta manera de privilegiar el "apoyo" al movimiento social, es otro modo de quedar fuera de él, o de llegar a serlo. La autodisolución se apoyaba sobre una toma de conciencia muy parcial de la evolución, sin tratar de examinar el problema de la violencia en su totalidad. Por ejemplo, no volvieron a considerar algunas posiciones, como las explicadas en el artículo sobre las "Brigadas Rojas" italianas (C.I.A[2]. nº 2), ambiguo, sino elogioso, de estos grupos, desvelando una simpatía hacia la propaganda por el terrorismo. Más profundamente, no han intentado abarcar la naturaleza del capital y del comunismo, lo que hubiera permitido poner en su sitio la fuerza del estado, los sindicatos, los izquierdistas, etc., y la violencia contra ellos.

Se ignora todavía cómo se llevó el atraco del banco, a últimos de septiembre, que arrastró una serie de detenciones. Es posible que estuviera preparado desde hace tiempo; es posible que la posición de los "marxistas" fuera confusa; ¿hubo colaboración de esta minoría con los otros miembros del ex-MIL? Todavía no se puede dar una respuesta, ni tampoco saber exactamente lo que hacen hoy los elementos del ex-MIL no detenidos. Queda, por lo tanto, excluido, juzgar a individuos o grupos; solamente se puede explicar algunos principios.

La cuestión de las formas de organización se ha mostrado una vez más secundaria, y el hecho de considerarla como primordial, mistificadora. La dificultad no estaba en escoger entre ¡organización unificada o grupos autónomos, sino en clarificar la relación entre proletariado y violencia armada. Una minoría del proletariado tiene como recurso a la acción armada, bajo la presión de circunstancias: pero esta coacción incluye igualmente que el empleo de la violencia siga

[2] Revista Coordinadora Internacional Anarquista.

siendo controlado, no por una "organización de revolucionarios", sino por la necesidad que tienen los proletarios organizados que los concierne. No se puede negar que los atracos de bancos hayan servido para financiar al movimiento proletario; ni que hayan aportado a veces, poco dinero, y se hayan autofinanciado ellos mismos. La actividad armada crea su propia necesidad, no correspondiendo exactamente a las necesidades de dinero -reales pero que no lo explican todo- de la biblioteca. El ex-MIL ha sido atrapado en el momento en que apenas llegaba a abordar una nueva etapa. Si los que quedaban tenían que hacer "golpes" para sobrevivir, bajo el pretexto de que no podían escoger, esto demostraría que se han convertido en revolucionarios profesionales, y posiblemente muy pronto, solamente en profesionales. Si continuaban con las acciones armadas, en parte para ellos, en parte para ayudar la biblioteca, no nos podríamos alegrar. Tarde o temprano esta relación pesaría sobre la propia actividad de los proletarios en contacto con ellos. Es imposible que unos especialistas aporten dinero sin contrapartida: el aporte de dinero (peligroso por su lado artificial) se acompaña de presiones - aunque involuntarias - sobre los textos publicados. La autonomización de los especialistas, si se desarrollaba, llegaría a alterar la substancia comunista de la acción en Barcelona. El proletariado no puede disponer de gentes que se ponen a su "servicio". Haciendo ellos mismos uso de la violencia es como los grupos de proletarios pueden controlarla. Recurrir a grupos especializados sólo es una solución muy provisional. De todas formas, sería absurdo concebirlo todo en función de la publicación de textos. Si no hay métodos más duraderos que el atraco para la financiación de los folletos, en un largo período, es que no corresponden a una necesidad social real. Más vale, entonces, hacer menos pero mejor. El movimiento proletario de Barcelona, o de otra ciudad, no sabe qué hacer con un "centro" de difusión de textos o unificador de obreros. En las condiciones actuales españolas, el uso de la violencia por una minoría aislada, puede ser utilizada por un campo capitalista u otro, en la preparación del post- franquismo. Pero la tentativa de reagrupar gente no sería tampoco una buena manera de lucha contra el PCE y otras fuerzas que encuadran los obreros. Parece ser que lo más útil es hacer el balance de los movimientos pasados

(también del MIL), difundiendo textos como se pueda y actuando en las luchas espontáneas; y no crear un centro, o de paliar por una acción violenta las debilidades de un movimiento proletario, que quizás no está maduro para actuar positivamente (párrafo siguiente).

Los autores de los atracos no sólo han dado dinero al movimiento, también han reproducido en él la estructura que produce los atracos. Todo acto revolucionario: escribir, publicar, organizar, luchar, etc., es más que un "simple" instrumento al servicio de un fin. No hay fórmula mágica para impedir la dinámica de autonomización. Hay que reconocer y conocer por lo menos este riesgo.

"Proudhon ha comprendido muy bien que los hombres hacen el trapo, la tela, los tejidos de seda, ¡y el gran mérito de haber comprendido tan poca cosa! Lo que el señor Proudhon no ha comprendido, es que los hombres, según sus facultades, producen también las relaciones sociales, en las que producen el trapo y la tela". (Carta de Marx a Annekov, 28 de diciembre de 1846).

La experiencia blanquista de los grupos de acción, aunque sirve casi siempre de espantapájaros a los que rechazan la violencia revolucionaria, es instructiva en este caso. "El reclutamiento de los "grupos", sobre la doble base del lugar donde habitan y del lugar de trabajo, demuestra la preocupación blanquista de reunir a sus cuadros estudiantiles, desclasados y bohemios, todos los obreros cansados de la lentitud y las formas del movimiento puramente obrero y deseosos de acabar de una manera u otra. Los grupos no valían más que como energía almacenada. Dejados, ellos mismos, sin actividad, periclitaban o acababan dentro del bandidismo. Por esta razón, Blanqui debió conducirlos a la acción sin objetivo real, sin otra táctica que emplear una fuerza autonomizada que contenía su propia violencia." (P. Viviale, Estrategia de la insurrección, a punto de aparecer).

VII

La creencia en la inminencia de la revolución es tan peligrosa como la creencia en un largo período de "preparación" (práctica o teórica). Tantos enfrentamientos decisivos pueden surgir de aquí a algunos meses o años, lo que no era el caso

en 1950 ó 60, como sería desastroso fundarse sobre esta posibilidad arriesgando el todo por el todo, ahora mismo. La violencia de las luchas obreras no es el signo de una situación pre-revolucionaria. Su contenido depende de la evolución del capital en España, y por lo tanto en el mundo. España trata de ir hacia una industrialización aún más moderna: su originalidad - que comparte con otros países - es la de deber franquear este cabo en un momento de "crisis" mundial, pero no se puede prejuzgar los ritmos de dicha crisis (Programa Comunista, diciembre del 73). Cuando se explica a través de qué aparece la perspectiva comunista (Le Mouvement Communiste n° 1), no quiere decir que sea inevitable para el Capital, quien puede también actuar sobre ella e integrarla.

En España son posibles tres perspectivas: mantenimiento del sistema político actual; paso pacífico hacia una democracia más o menos clásica con Estado fuerte; follones desencadenados por este paso. Nadie puede prever el futuro, aunque lo más posible sea un período de follones en razón de la acción del proletariado y de las instituciones y fuerzas políticas propiamente franquistas, pero sus demoras y formas siguen siendo desconocidas. No se puede fundar toda la actividad propia sobre una previsión de este tipo, salvo en período revolucionario cuando hay que escoger.

Algunos fenómenos se interpretan de manera parcial. Por ejemplo, la clase obrera rechaza el entrismo en el sindicato de Estado (CNS) predicado por el PC, las CCOO (Central de Comisiones Obreras) y los grupos políticos. Esta reacción no es únicamente una prueba de madurez revolucionaria, sino de reformismo lúcido contra el reformismo a corto plazo (en este caso) de los partidos y aparatos. Los obreros pueden, muy bien, apoyar ulteriormente "verdaderos" sindicatos (contra el "falso" que sería la CNS atado al Estado), prefigurados por las CCOO, y pasar entonces, ampliamente, bajo el control del PC y de otros grupos. Ver un movimiento proletario muy activo, moderno (sabotaje, ausentismo), que escapa en parte – solamente - a los aparatos económicos y políticos, y deducir (porque hay "crisis" mundial) que vamos hacia un enfrentamiento dentro de poco tiempo, nos muestra que no es un análisis muy serio, y gasta en práctica las fuerzas existentes, y que prepara mal el futuro. En el pasado, la

táctica de la "ofensiva" ya se reveló como nociva. Si un análisis semejante era el de, al menos, una fracción del ex-MIL, incluso si no era explícito, consciente, está claro que era, menos el estudio real que la teorización forzada de una tendencia (ya irresistible) en el enfrentamiento violento, como lo demuestran los documentos reunidos en Elementos de Información...

Sobre la agitación armada (octubre del 72) termina así: "Un núcleo que se dedica a la agitación armada tiene varios objetivos: cubrir objetivos concretos; radicalizar la lucha obrera y multiplicar la aparición de núcleos dedicados a la agitación armada; franquear en la fase transitoria actual, el paso que va desde este período de radicalización de la lucha de clases hasta la Insurrección". Sobreestimando las luchas obreras, ellos definían una situación pre-revolucionaria que era necesario desarrollar. La violencia se convertía en la obra de "núcleos" que aceleran la lucha de clases. Era una crítica insuficiente de la política y del leninismo, sin embargo criticado: en donde otros intentan introducir la "política" en las luchas llamadas económicas, el MIL quería "radicalizar" por las armas. Es otra forma de sustitucionismo. Los grupos radicales constituidos tienen un papel a desempeñar, pero no son nunca el motor del proletariado.

Paralelamente, existía una profunda ilusión sobre "la auto-organización de los trabajadores", definida de manera muy ultraizquierda en la agitación armada: Barcelona bajo el terrorismo (marzo 1973): la "autogestión de las luchas" preludio a la "autogestión en la sociedad".

"Estrategia. Visto de modo concreto, incluso la insurrección general, la revolución, el socialismo, etc., aparecen como unos objetivos lejanos, y por ello, insuficientes para una movilización revolucionaria de las masas; es indiscutible que la lucha para la auto-organización de los trabajadores no es solamente un principio general, sino que se presenta hoy con toda urgencia" bajo forma de "comités de empresas, plataforma de coordinación de estos comités a escala territorial". Asimismo el congreso de auto-disolución (agosto 73) se pronuncia por unos "comités de fábrica y de barrio". La coordinación que ha podido constituirse estos últimos años entre obreros de empresa y de barrios diferentes es evidentemente una experiencia capital. Pero el MIL ha exagerado la posibili-

dad y la necesidad de tales organismos: para ayudar a esta estructura, parece que se ha visto obligado a compensar la debilidad de los obreros por una aportación de dinero. La autonomización de la lucha armada se ha visto reforzada por el esfuerzo de hacer vivir unos órganos demasiado artificiales.

En efecto, sólo el irrealismo puede rechazar toda tentativa de organización obrera autónoma como contrarevolucionaria. Lo que es anticomunista, es el movimiento obrero organizado de los partidos, sindicatos, grupos, que contribuyen a limitar la lucha a nivel capitalista; y que organizan fracciones de la fuerza de trabajo que se hacen la competencia las unas a las otras. Es revolucionario, al contrario, lo que tiende a cambiar las condiciones de existencia. Toda lucha en la que los proletarios reconocen su enemigo (patrones, sindicatos, etc.) e intentan combatirlo, incluso si el objetivo queda limitado, es revolucionaria: no es el inicio de la revolución, sino un componente de la experiencia proletaria (suplemento al n°4 de Le Mouvement Communiste). Las tentativas locales de los proletarios para unificarse son esenciales al movimiento. Pero estos reagrupamientos no tienen sentido comunista más que en la misma acción: es inútil querer hacerlos vivir permanentemente, porque, formas vacías de contenido, se rellenan entonces de un contenido diferente, que los bloquea en un estadio limitado y que limita (Le Mouvement Communiste n° 1). Algunos años después de Francia e Italia, los revolucionarios españoles han hecho la experiencia del ascenso y del declive de los órganos obreros de base. Ahora bien, si se considera que la única perspectiva histórica es, hoy en día, la de la revolución, es imposible despreciar las luchas inmediatas, pero también mantener los reagrupamientos que surgen de ellas, más allá de su función en el conflicto. O bien se derrumban, incluso con la aportación exterior de revolucionarios (Francia); de revolucionarios y de dinero (España). O bien son devorados desde el interior, y se convierten en estructuras para-sindicales, nuevo obstáculo al movimiento. Sería una tentación rivalizar en este dominio con los aparatos tradicionales, pero el movimiento revolucionario español debe saber aprovechar los precedentes franceses e italianos. Existe efectivamente una especificidad española: se puede improvisar menos aún en Barcelona que en

París, y hace falta medios y un mínimo de unión permanentes para actuar en el momento oportuno. Pero creer que se puede desarrollar artificialmente, es ilusorio y peligroso.

Las Notas de un análisis de conjunto de 'Nuestra tendencia' y de sus perspectivas, escrito en el 70-71 por el "Equipo teórico" admite la separación entre los equipos: "teórico", "obrero" y "exterior" (armado). Esta escisión entre diferentes aspectos de un mismo movimiento en el que los medios se convierten en fines, no es particular a España. Se manifiesta solamente de manera más visible, por ejemplo por el decalaje entre "equipos" especializados. Pero la evolución profunda es idéntica en otros lugares. Después de 1968, cuando los elementos más lúcidos, en Francia, se lanzaron a la reapropiación teórica y a las tareas prácticas (cuando podían), algunos se dejaron coger por el engranaje de la definición y la delimitación teóricas como fines en ellas mismas. En España, llevados por la necesidad, incluso provisional, de la lucha armada, algunos se dejaron coger por el engranaje de la violencia. Delirio literario, delirio militar. Un momento de una práctica se autonomiza y se convierte en el aspecto esencial, reorganizando a través de su propia lógica, distinta de la lógica del conjunto, (que destruye por lo tanto como tal). Asimismo, una teoría, incluso cierta, puede trastornar toda la lógica de una concepción a costa de sus fundamentos, así desestructurados, y conducir al absurdo.

El congreso de agosto de 1973, fue sin embargo un esfuerzo para situarse (por ejemplo el recuerdo histórico evoca algunos textos de la izquierda italiana). El texto de disolución fue mal comprendido quizá incluso por sus mismos redactores. Afirmar que el uso de la violencia es el hecho de todo revolucionario no significa, si interpretamos esta frase en el sentido comunista, que todo revolucionario debe hacer un uso máximo de la violencia, significa por lo tanto que no existe la necesidad de una organización permanente especializada para tal objetivo. Incluso si los grupos de este tipo aportan algún apoyo al movimiento, lo amenazan más que lo refuerzan ya que introducen en él su propia lógica distinta. No se ha de recurrir a la violencia más que sobre la base de una práctica ya realizada (difusión, luchas obreras, etc.), y no como obra de especialistas que se convierten cada vez más en indispensables. Sin embargo, los "Grupos Autónomos de

Combate" anunciados, no se imponían como el medio de hacer lo mismo que antes, sino de modo informal, difuso, descentralizado (¿lo que no era un progreso?). El debate no fue llevado a cabo.

VIII

No vamos a examinar aquí los atentados que han seguido a la condena y a la ejecución de Puig Antich, según el criterio principal de la eficacia concebido como salvaguarda de individuos o de grupos; ni a la luz de hipótesis arriesgadas sobre la evolución del régimen franquista, mucho más importante es el mantenimiento y el desarrollo de la perspectiva de conjunto.

A veces citamos a Marx y Engels a la ligera, que apelan en 1850, no solamente a tolerar los "pretendidos excesos" y "ejemplos de venganza popular contra individuos odiados y edificios públicos, a los cuales no se relaciona más que recuerdos odiosos", sino también a "tomar en mano la dirección" (Escrito del CC a la Liga). Este texto expone las tareas comunistas en una situación revolucionaria: no es una fórmula general que justifica cualquier ataque contra el enemigo (incluso muy real) de la revolución, bajo el pretexto de que la clarificación se hará por sí misma. La violencia minoritaria no hay que excluirla, incluso en período relativamente tranquilo, a condición de que los que la ejercen tengan al menos la capacidad de dar a sus actos su sentido (su empleo) revolucionario. Desde el momento en que se reduce al rango de hecho dramático atrapado por la actualidad, pierde toda su significación subversiva. Por sí sola, esta condición permite comprender que el uso revolucionario de la violencia minoritaria es muy delicado en la sociedad moderna, en período de paz social. Los atentados no sirven (casi siempre) más que de sustituto a un movimiento. Por otra parte, es en este sentido que los terroristas del siglo pasado concebían la propaganda por la violencia, opuesta a la actividad juzgada pacífica y pusilánime de los partidos socialistas: en ambos casos - propaganda por textos o por actos - sigue tratándose de propaganda, de cambiar las ideas y por lo tanto los comportamientos, como si la conciencia determinara la acción. Tanto la una como la otra trataban de sustituir las condicio-

nes revolucionarías inexistentes. Proponían un medio distinto que permitiera llegar al mismo objetivo.

No podemos desinteresarnos de los actos violentos, incluso “locos", que surgen del proletariado como si el "movimiento revolucionario" viviera en otra esfera, que no actuara más que "conscientemente" según una "estrategia" que evitara tales "errores". Por el contrario, sería vano ponerse al nivel de los actos espontáneos, cuando en realidad se puede, hasta cierto punto, evitar las equivocaciones que implican, por una perspectiva tan clara como posible. El movimiento revolucionario también es asimilación del pasado, visión del futuro y por lo tanto una relativa dominación de lo inmediato. La "pasión" (Marx) del comunismo no es una nostalgia de la infancia donde el revolucionario se despojaría de lo que puede saber, como de un obstáculo que le impidiera dejarse llevar por la fluctuación de los acontecimientos. Así pues, no resiste - en la medida en que la resista - a la tentación de la aventura, y por ejemplo a la acción armada cuando es nociva, gracias al efecto de una moral superpuesta a su necesidad de esta acción; sino porque la "resistencia" es parte integrante de esta necesidad, y le permite evitar (no siempre) el acto autodestructor. Cuando algunos se dejan arrastrar y, al caer en la trampa del capital, entablan una acción violenta contra él, corriendo el riesgo de destruirse sin cambiar nada, es impensable no advertirlos. La advertencia es aún más saludable cuando se trata de proletarios que tienen una experiencia real y un papel activo: estos actos desesperados perjudicarán a lo útil que han hecho, por ejemplo en las empresas. "Yo siempre he resistido a la opinión momentánea del proletariado", declara Marx al CC de la Liga de los Comunistas (15 de septiembre de 1850).

A menudo, el Estado es el más fuerte, entonces, el terrorismo no le hace retroceder. De nada sirve afrontarlo espectacularmente, se impone otra acción. Si algunos elementos rechazan admitirlo, esto demuestra que la violencia se ha convertido para ellos, quizá definitivamente, en el principio y en la necesidad que dominan el resto de su actividad. Desde este momento son peligrosos para ellos mismos y para los demás. La especificidad española no justifica nada en este sentido: incita más bien a mostrarse más lúcido todavía frente a los peligros presentes. Las organizaciones de masa y el

parlamentarismo han fracasado, pero los grupúsculos y el insurreccionalismo también: se sabe al menos en España desde el fracaso anarquista de 1873 (*Los bakuninistas en acción*, de Engels, que por otra parte no da más que una crítica negativa). El capital empuja una parte de los que se rebelan hacia las comunidades políticas, culturales, de droga, etc., así mismo conduce a otros hacia la comunidad de la violencia, seguro de aislarlos, y, a fin de cuentas, de destruirlos físicamente. Mientras existan Estados, todo Estado podrá matar revolucionarios: pero un grupo de revolucionarios, incluso bien implantado, nunca podrá luchar eficazmente por las armas contra un Estado que sólo puede aniquilarlo mediante la revolución. Frente a la represión no se puede más que reconstruir y/o desarrollar el movimiento. La izquierda italiana escribió que el marxismo es previsión de toda una serie de contra-revoluciones que se cruzan y se recortan en el tiempo y en el espacio. En el terreno de la violencia, la ingenuidad es la muerte. No se puede dejar sin reacción la ejecución de un revolucionario; todo consiste en saber cómo reaccionar, y sobre todo, no imaginar que se influye sobre el Estado y los obreros con una demostración de fuerza. Los fenómenos de representación son típicos de la política (Le Mouvement Communiste n°5). La espiral represión-terrorismo-represión se cierra siempre sobre el revolucionario.

Aún más, la noción de “venganza" tiene un doble peligro. Los esfuerzos vanos para vengar un muerto funcionan como una trampa sutil, modificando desde el interior el movimiento radical, al mismo tiempo que conducen a su destrucción desde el exterior. La solidaridad, que forma parte de la substancia misma del movimiento comunista, se transforma en su contrario desde el momento en que es solidaridad del exterior, o con unos individuos exteriores a los que los apoyan (párrafo IX, X). Citemos las campañas de solidaridad con Rusia, organizadas por el PC en los comienzos de los años veinte, denunciados por el KAPD, quien había ayudado realmente a Rusia en 1920 por ejemplo. La voluntad de vengar un muerto, puede degenerar fácilmente desviando al movimiento de su objetivo (transformar lo que tiene ante él). Aquí también el medio se convierte en fin. Es infinitamente más eficaz, frente a la campaña de los recuperadores de cadáveres que

vuelven a dar un impulso al antifascismo internacional después de la muerte de Puig Antich, romper con toda esta inutilidad y este peligro para la revolución, exponiendo públicamente quién era Puig Antich y lo que hacen los comunistas. Por el contrario, sin amenazar al Estado español, los atentados son la contrapartida "violenta" de la indignación puramente pacífica y platónica de la izquierda. Lejos de ser una respuesta al antifascismo, las violencias minoritarias de éste tipo son uno de sus mejores apoyos: le dan la palabra y le sirven de rechazo, permitiéndole presentarse como una solución realista. Los revolucionarios sólo pueden ser vencidos de antemano en un terreno que no es el suyo. Nunca se progresa ni por los golpes espectaculares destinados a impresionar la opinión. Las represalias no tienen sentido más que por una lucha en las que son más que simbólicas. Los ataques de edificios no tienen sentido más que si lo que representan ya está atacado por otro lado.

Un movimiento que busca sobretodo vengarse, muestra así que necesita para luchar un elemento diferente de su ser real, que no basta para alimentar su lucha. Las tareas que se ponen ante él, pasan a segundo plano y sólo serán concebidas a través de la mediación de la venganza. De nuevo, se introduce una lógica diferente a la de la subversión, esta vez bajo el pretexte de la solidaridad. El fetichismo de la bandera es el signo de que su portador lucha por otra cosa que sus intereses. El movimiento no encuentra otra razón de ser en él mismo, en las aspiraciones de lasque se alimenta, sino en un elemento exterior. Así mismo, si algunos, en Barcelona, tienen hoy necesidad de la sigla "MIL" para desarrollarse, quiere decir que no tienen en ellos mismos la fuerza de su acción. Distinguimos aquí un nuevo signo de la crítica insuficiente del militantismo y de la política: se ataca el leninismo, pero es sobre todo su carácter "burocrático" lo que es denunciado. El movimiento revolucionario encuentra su fuerza y su razón de ser en él mismo. Existe por y para los vivos, al menos ante todo. No saca "su poesía del pasado, sino únicamente del futuro", y "debe dejar a los muertos enterrar a sus muertos"(El 18 Brumario..., I). Contra todos los que no han terminado de servirse del "MIL", ya es hora de tomar en serio su texto de auto-disolución: "los mártires, las siglas, nuestra propia etiqueta, forman parte del viejo mundo".

Anexo

Carta sobre el uso de la violencia
Jean Barrot

Esta carta fue incluida como apéndice en la edición virtual en inglés del libro "Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista", en el sitio web de John Gray, For Communism. Esta versión en castellano fue extraída de la página web de textos del M.I.L./G.A.C., Mayo 37.

2 de Mayo de 1973

Queridos camaradas:

El enfoque "marxista" habitual es por supuesto no revolucionario (quiero decir pseudo- marxista). La gran mayoría de la gente de extrema izquierda declara su total apoyo a la necesidad de la acción armada y de la guerra civil en el futuro. Para ellos, es un mero principio.

Uno no sólo ha de decir: Si quieres la paz prepárate para la revolución, sino también, *Si quieres la revolución, prepárate para la guerra*, es decir, la guerra civil.

Es tan fácil caer en el delirio, que uno nunca puede ser demasiado cuidadoso cuando se trata este asunto. Por otro lado, la actitud de muchos grupos políticos que rechazan tomar en serio el problema debe ser denunciada como conservadora.

Siento que muchos de los supuestos revolucionarios del momento se refieren a la violencia desde un punto de vista puramente político, en el sentido en el que Marx atacó la política como tal: por ejemplo en su artículo de 1844 sobre el rey de Prusia y la reforma social. *El propósito de la política es cambiar el sistema de gobierno, no la base misma de la sociedad; cambiar la forma con la que se administra el sistema, no*

el sistema mismo. Si examinamos a los grupos izquierdistas, sean trotskistas, maoístas o incluso anarquistas, vemos que su representación de una sociedad futura no es muy diferente de la que ahora vivimos. ¿Quién propone realmente el programa comunista? ¿Quién entre ellos habla realmente de la abolición de la producción de mercancías, de la abolición de la economía política y de la economía como campos separados? Lo que desean es un capitalismo controlado democráticamente, donde los trabajadores serían aparentemente los nuevos amos... mediante sus representantes, por supuesto. Casi nadie en los grupos revolucionarios entiende la revolución como la aparición de nuevas relaciones, para las cuales ya existe la base material. Aquellos que apoyan oficialmente tales puntos de vista, generalmente los interpretan en el sentido de que tal cambio es posible ahora y debe comenzar ahora. Esto es por supuesto un rechazo total de la revolución, tal como lo encontramos en la contra-cultura y en otras partes.

Todo esto puede sonar un poco confuso, pero es importante darse cuenta de que el uso de la violencia -en la revolución y también antes- depende del programa social de la revolución. Básicamente, el contenido del movimiento es igual al que ya era, pero la forma en que será realizado será diferente. En tiempos de Marx, el proletariado todavía tenía que desarrollar las fuerzas productivas; hoy en día solamente tendrá que cambiarlas, comunizarlas, por así decirlo. En tiempos de Marx, como en 1920, aún había una fracción importante de población pequeño-burguesa, incluso en países como Alemania. El partido podía aparecer solamente como cuerpo separado, como una organización formal. Su tarea era primero derrotar al Estado y su ejército, y sólo después comenzar a transformar la sociedad. Ahora la comunización de la sociedad puede empezar de una vez y es de hecho parte de la acción puramente militar.

Podemos y debemos hacer a la burguesía y al Estado, es decir, los órganos de la economía capitalista mercantil, completamente inútiles, destruyendo esa economía y reemplazándola por el comunismo. Desde nuestro propio punto de vista, la lucha militar ahora incluye armas sociales que no existían hace 50 años -o que existían de manera mucho más

pequeña. Por otra parte, desde el punto de vista del capital, el Estado se ha convertido en mucho más eficiente de lo que era. Seguramente conocéis *Guerra sin fin* de M. Klare (Vintage Books, 1972). Aunque trata sobre todo de guerras en áreas subdesarrolladas, proporciona información útil sobre la estrategia de los grandes estados capitalistas que se preparan para la guerra civil en el mundo desarrollado (por supuesto éste incluye a la URSS y China: la forma en que China reaccionó ante la insurrección de Ceilán fue típica). El Estado sabe lo que los izquierdistas ignoran, esto es, que la comunización es posible y que es un peligro real para su existencia. Intentará aislar a los elementos revolucionarios con la ayuda de las organizaciones oficiales (sindicatos, partidos laboristas, socialistas, "comunistas" e, incluso, muchos de los grupos izquierdistas). Su estrategia consistirá probablemente en separar unas áreas revolucionarias de otras. Su táctica final incluirá la destrucción sistemática en estas áreas, para evitar que se desarrollen hacia el comunismo destruyendo sus condiciones materiales: industria, energía, transporte, etc. No dudará en aniquilar estas áreas si es necesario, usando los mismos métodos que utilizó en la Segunda Guerra Mundial (que fue imperialista en todos los lados, igual que la Primera). Antes de alcanzar esa etapa, intentará aplastar al movimiento revolucionario usando tropas de élite.

Si consideramos el problema desde un punto de vista simplemente material, la superioridad del capital es remarcable: nuestra única esperanza estriba en una subversión tan general y a la vez tan coherente que nos enfrentemos al Estado por todas partes.

Creo que uno no puede hacer sólo observaciones generales como éstas. Hay cosas que hacer ahora mismo. Si miramos a los Tupamaros o a la Baader, parece que escogieron la lucha militar para dar una especie de impulso a la sociedad, y también porque no podían estar más tiempo parados utilizando los métodos tradicionales. Esta segunda razón no es un "error": simplemente no podían soportarlo. Estaban hartos y disgustados de este mundo. No les repruebo por este elemento "irracional". Pero uno debe admitir que una actitud como ésta está cercana a la locura. No tengo nada contra la locura: lo que llamamos un "loco" es solamente un individuo

producido por nuestra sociedad que está inadaptado a ella. Esta sociedad también se libra de elementos subversivos convirtiéndolos en locos.

Pero también empezaron la lucha armada para que el proletariado se pusiera en movimiento. Esperaban despertarlo. Ésta era una pura ilusión, típica de la política. La mente política siempre intenta actuar primero sobre los otros, organizarlos o forzarlos a hacer algo, mientras que ella se mantiene fuera del movimiento social. Nuestra tarea es política sólo en cuanto que se ocupa de la destrucción del poder político. La principal tarea de los comunistas no es reclutar a otros. Se organizan junto a otros a la vez que emprenden tareas que derivan de sus propias necesidades -personales y sociales, inmediatas y teóricas-.

Esto se expresa de una forma muy torpe, desgraciadamente. Lo que quisiera subrayar es que nuestro objetivo principal no puede ser actuar sobre la conciencia de la gente para cambiarla. Existe una ilusión en la propaganda, tanto si es hecha por textos o por hechos. No “convencemos" a nadie. Sólo podemos expresar qué se está moviendo. No podemos crear un movimiento en la sociedad. Sólo podemos actuar dentro de un movimiento al que nosotros mismos pertenezcamos.

En lo que se refiere a la cuestión militar, es válido el mismo principio. Es obvio que es necesario explicar el programa militar de la revolución por medio de textos, de folletos, etc. En la práctica hay muchas cosas que hacer. Pero siempre deben tener como objetivo algo que ya esté bajo ataque de una forma u otra, o que así sea percibido, o donde haya una contradicción activa, por pequeña que sea. Daré un ejemplo. Si alguna persona ha sido particularmente viciosa contra los trabajadores (un capitalista, un alto funcionario), no se sigue necesariamente que deba ser atacado personalmente, como si fuera un símbolo. Puede ser útil o peligroso, según el contexto. Sería infantil asumir que el proletariado se dará cuenta del significado del acto y consiguientemente cambiará su mente y actitud. Esto sólo será así si el proletariado ya está

realizando alguna clase de acción violenta. Si no, un ataque así sólo fortalecerá al Estado.

Por otra parte, si una minoría organiza una acción contra el ejército, contra un aspecto decisivo de su función y de su futuro papel contrarrevolucionario, esto puede tener un impacto, aunque ninguna fuerza social parece trabajar por el momento contra el ejército en nuestros países. Una actividad de este tipo ayudará a mostrar -incluso a unas pocas personas- que los revolucionarios ya están "en guerra" contra el ejército. La condición para esto es nuestra habilidad para explicar el significado de nuestros actos, lo que requiere por lo menos una cierta capacidad para la expresión. Por el momento somos muy débiles -vosotros y nosotros-. La izquierda oficial y la extrema izquierda tienen un monopolio de la expresión (ved abajo). Esto puede ser difícil de explicar, y me doy cuenta de que lo que estoy escribiendo es muy abstracto. Intentaré dar mi punto de vista desde una perspectiva diferente.

Una de las fortalezas del capital es que la gente -incluso el proletariado- simplemente no se imagina lo lejos que llegará el Estado en la guerra civil. Les sorprenderán muchos acontecimientos futuros. Es muy útil apuntar ahora los aspectos importantes de la futura guerra civil. Muy probablemente entraremos en contacto con elementos radicales (e incluso "liberales") dentro del mismo ejército. En un primer momento tales acciones parecen que están totalmente fuera del estado actual del movimiento social. Pero esto no es así: hay muchos trabajadores radicales que ya piensan en la cuestión militar.

No creo que la Angry Brigade, la Baader, y otros estuvieran “equivocados”. (Fueron víctimas de una especie de delirio, donde la lógica interna de la violencia y el aislamiento social alimentaban la violencia y el aislamiento social). He expresado solamente opiniones parciales. Sin embargo, no se puede hacer nada bueno si no conectamos nuestra actividad ahora con lo que podemos saber ya sobre la revolución en el futuro. Rechazo la auto-destrucción. La complacencia en este asunto es irresponsable y criminal.

Debéis haber oído sobre la agitación que hubo en Francia sobre la cuestión del reclutamiento en los institutos y las universidades. Podéis imaginar la ideología de los grupos trotskistas y maoístas (el Partido Comunista es por supuesto nacionalista, pues lo ha sido desde 1934).

¡Hace algunos días leí un texto maoísta que pedía el control popular sobre el ejército! Los izquierdistas rechazan decir: *abajo el servicio militar, puesto que creen que el ejército existente es al menos un poco más democrático y popular que un ejército de voluntarios.* Los más radicales llegaron a decir: *abajo el ejército.* Pero nadie dijo una palabra sobre la guerra civil. Los detalles son incluso peores. Esta es la razón por la cual hicimos una octavilla que es altamente dogmática: por lo menos plantea el principio de que la cuestión militar es una parte necesaria de la revolución. Pero es asombroso ver que incluso revolucionarios genuinos adoptan una actitud tan ingenua en estos asuntos.

Por favor considerad esta carta solamente como una carta, y no como un "texto" hablando con propiedad.

Fraternalmente, Jean Barrot

En los años 70 aparecieron algunos grupos que hacían crítica radical del Capital y de su extrema izquierda (partidos, izquierdistas, "anarquistas"...).
Este texto quería ser una tentativa de superar las relaciones bloqueadas en la práctica no sólo por la incoherencia de los individuos que actuaban sino también por las condiciones objetivas y la del movimiento para analizarlas.
Aparece pues, en un momento de debilidad del movimiento real y no era más que una aportación exterior a este movimiento ya que era incapaz de un mínimo de clarificación teórica.
Es el producto de discusiones parciales y expresa en aquel momento y todavía hoy, un punto de vista minoritario en Barcelona; de hecho, es el producto parcial de una época improductiva, tanto práctica como teóricamente.
"El comunismo no es un programa a realizar o hacer realizar por un movimiento real. El comunismo no es un ideal a realizar: existe desde ahora, no como sociedad establecida pero sí como un esfuerzo y una tarea que la prepara. Es el movimiento que tiende a abolir las condiciones de existencia determinadas por el trabajo asalariado y las suprime, efectivamente, por la revolución.
EL COMUNISMO NO SERÁ LA OBRA DE UN PARTIDO POLÍTICO QUE TOMA EL PODER, TAMPOCO SERÁ LA OBRA DE LAS GESTICULACIONES IZQUIERDISTAS, PERO SI DE LA LUCHA DEL PROLETARIADO.

EDICIONES MAYO DEL 37

LOS COMPAÑEROS DEL ex-M.I.L

[MOVIMIENTO IBERICO DE LIBERACIÓN]

José Luis Pons LLOBET (18 años)

Oriol Solé SUGRANYES (26 años)

LLOBET condenado a 30 años de carcel en el mismo proceso de Puig ANTICH (asesinado) corre el riesgo de ser condenado a 21 años más.

SUGRANYES corre el riesgo de ser condenado a 64 años de carcel.

¡HAY QUE IMPEDIRLO!

¡SOLIDARIDAD!